

Apuntes sobre tres libros

Deseo presentar dos libros de interés para el filósofo, aunque sus autores no sean filósofos de profesión. Uno es de Teresa López-Pellisa, humanista dedicada al estudio de la literatura de ciencia ficción y sus vínculos con la realidad virtual, la literatura y la cibercultura, así como el teatro, las nuevas tecnologías y el ciberfeminismo. López-Pellisa ha fungido como Profesora Ayudante en la Universidad Carlos III de Madrid; actualmente es investigadora en el Departamento de Filología Española en la Universidad Autónoma de Barcelona. El otro libro es una compilación de textos realizada por Jorge Lozano, quien es Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid y Secretario de Redacción de la *Revista de Occidente*. Lozano es conocido por su labor en el campo de la semiótica (sobre todo en relación con la moda), el análisis del discurso y la teoría de la información.

Primer apunte: López-Pellisa, T. (2015) *Patologías de la realidad virtual (cibercultura y ciencia ficción)*. Madrid: FCE (Colección Comunicación), 275 págs.

En el prólogo de este libro, N. Yehya (narrador y crítico cultural) evoca a *Vivianne*, una novia virtual que Artificial Life de Hong Kong pretendía lanzar al mercado en 2005. Esa chica era fuente de amenazas. La más evidente parece haber sido su pretensión de sustituir a las mujeres reales: ella había sido diseñada para “llevar al usuario a creer que algo o alguien sin cuerpo se preocupa e interesa por él [...] y de esa forma hacerlo entregarse a la ilusión del coqueteo, romance y, ¿por qué no? pasión” (12). Si los lectores de este libro fueran seducidos por

ese tópico, tendrían que recorrer trochas sinuosas; alguna conduciría inevitablemente a geografías de la llamada *ideología de género* (que es precisamente eso) pero, la verdad, López-Pellisa solo insinúa tal peligro, aunque resulta evidente que ha plantado en la obra un eje transversal feminista. Asume el tema de los seres femeninos artificiales (como Vivienne) en un apartado dedicado a lo que denomina *síndrome de Pandora* (192-199). Dicho personaje sería ejemplo de un legado patológico pluri-significante que, según la autora, suele caracterizar ciertos espacios de la realidad virtual y remite a ciertos valores y pseudo deberes que abundan hoy en la cotidianidad. Se trata de la quinta patología virtual que López-Pellisa identifica en la utilización y en el ideal o ideologización *cibercultural*, así como en la ciencia ficción. A las otras patologías también les ha hecho un bautismo sugestivo: la primera se denomina *esquizofrenia nominal*, la segunda es *metástasis de los simulacros*, una tercera es el *síndrome del cuerpo fantasma*; y *síndrome del misticismo agudo* es el apelativo de la cuarta. En breve, puede caracterizarse la primera como una remisión a las confusiones terminológicas entre ciberespacio y realidad virtual; la segunda sirve para caracterizar la inserción de los simulacros virtuales en el terreno de “lo real”, tópico que obliga a optar o situarse en una perspectiva a la vez ontológica y epistemológica; la tercera abunda en consideraciones críticas sobre una colonización *tecnológizante* del cuerpo biológico; la cuarta cursa reflexión sobre la transferencia de cualidades humanas a la tecnología y a sus productos, así como al recurso (ficcional) de *realizar* deseos de trascendencia que emulan ambiciones míticas y religiosas. Por ejemplo: la aspiración de ser inmortal que suele

presentarse en ciertos espacios virtuales. El objetivo de referir todos los temas del libro resultaría más ambicioso que realizable en una reseña, pues se trata de un afanoso trabajo. Su lectura puede ser apasionante. Resulta notable su erudición y por la actitud casi-clínica con que la autora aborda sus temas. Acaso este libro sirva para recordar, con Ladrière, que el impacto de la tecnología en la cultura es variado y profundo, destructor y, a la vez, propositivo, modelador, en cierta forma amenazante.

Segundo apunte: Lozano, J. (comp.) (2015) *Moda - El poder de las apariencias*. Madrid: Casimiro, 204 págs.

Recuerdo una conferencia de corte posmoderno sobre la moda y del vestido. Lo admirable aquella tarde no fue asunto de contenido y menos de profundidad, sino la capacidad del expositor para ocupar a su auditorio con planteamientos superficiales. Otro es el caso y propósito de este libro. Se trata de un volumen donde Jorge Lozano reúne textos que coadyuvan realmente en labores de análisis y comprensión de la moda, de su dimensión histórica y de su pertinencia. Dígase también que implica numerosos aspectos ontológicos y culturales del tema. Originalmente, el trabajo fue publicado en el número 366 de la *Revista de Occidente* (noviembre del 2011). La “Presentación” del libro advierte en forma sugestiva sobre el concepto de moda que se procura iluminar aquí. También informa sobre los autores que lo han motivado para hacer la publicación, pero no resume los criterios de cada cual, lo suyo es un aperitivo, administrada sugerencia, invitación a disfrutar de la lectura. Para respetar en esta reseña esa intención, daré solo pistas sobre aspectos medulares de cada texto. El primero es el “Diálogo entre la moda y la muerte” de Giacomo Leopardi. Se trata de un

texto sugestivo y de curiosa actualidad, pese a que data de 1827. La “Moda” se enfrasca en un diálogo con una “Señora Muerte” amenazadora y arisca. Su propósito: mostrar que la Moda introduce en el mundo “tales órdenes y tales usanzas que la vida misma, tanto con respecto al cuerpo como al ánimo, está más muerta que viva, hasta el punto de que este siglo, se puede decir con veracidad, es el siglo de la muerte”.

El segundo texto es de Walter Benjamin, autor que por diversas razones goza de afectos posmodernos. Se trata de “El sex-appeal de lo inorgánico”, un aporte menos elegante y más brutal que el anterior. Benjamin afirma que “nunca fue la moda sino la parodia del cadáver multiforme, provocación de la muerte mediante la mujer, amargo diálogo en susurros, entre risas estridentes y aprendidas, con la descomposición”. Este escrito merece atención metodológica: Benjamin es conocido por sus *pócimas escriturales*; curiosas mixturas donde se advierte un alterado fluido marxista con sabor a psicología de lo profundo, Escuela de Frankfurt y artulugio místico.

De Charles Baudelaire es el tercer texto, titulado “Moda y modernidad”. El hombre de la modernidad extrae “de la moda lo que la misma puede contener de poético en lo histórico”. Baudelaire invita, inspira, recomienda; en su texto –verdaderamente literario– hay ecos de la filosofía.

Más reciente es el artículo que le sigue, de Jean Baudrillard. Se trata de “Frivolidad de lo *déjà-vu*”, con la certeza de que el “privilegio de la moda proviene de que la decisión de la gente respecto a ella es definitiva”. Aquí, como en otros escritos suyos, encontramos afirmaciones banales; parodiando sus palabras podríamos decir– en un buen sentido, desde luego, pero también en el otro sentido– que Baudrillard es acólito de muchas frivolidades. Acaso eso sea parte de su atractivo, de su posmodernidad, tela adecuada para sus atavismos. Un ejemplo palmario: “la moda no es más que simulación. El ciclo de las apariencias; ella no es más que su

reciclaje”. Hasta aquí la referencia a Baudrillard.

De Robert Musil se transcribe “Recuerdo de una moda”, que es una pieza breve. Quizá en el tono decimonónico de este escrito la feminista halle a un macho desproporcionado; aunque el caballero solo encuentre una verdad que considera trascendental: “comparada con el hombre” –escribe Musil– “hasta la mujer más descangallada tiene bellezas sorprendentes”.

Del arquitecto Adolf Loos se rescata aquí “De pies a cabeza”, donde se desarrolla esta idea: “Mudan los tiempos, y nosotros mudamos con ellos”. Aparente simpleza decimonónica; en realidad se ofrece cual piedra de fundamento para ciertas amenazas o, al menos, para esta advertencia: “pueblos de mayor desarrollo cultural caminan más de prisa que los atrasados; los estadounidenses lo hacen con mayor celeridad que los italianos”. La coda de este artículo establece una extraña relación entre el cabello y las ropas de los hombres y las mujeres.

Seguidamente, Lozano coloca “El vestido como expresión de la cultura pecuniaria”, del sociólogo y economista Thorstein Veblen, quien pretende denunciar ciertos aspectos discriminatorios de la “cultura pecuniariamente superior”.

Del alemán Georg Simel, hallamos “Filosofía de la moda”; versa sobre temas tentadores como: moda e imitación, el traje nuevo, el ritmo vital, las relaciones moda-envidia, moda-vergüenza, moda-eternidad, así como lo afín y lo indócil de la moda.

De Ortega y Gasset también se rescata en esta antología un texto: “Cambio en las generaciones”; me ha parecido más pesimista –quizá: más realista– que iluso. Todavía puede afirmarse, con Ortega, que “El amor está en baja” y que cada “generación es una moda integral de existencia que se fija indeleble sobre el individuo”.

A continuación se halla “La barrera y el nivel” del francés Edmond Goblot, que reconoce, entre

otras cosas, ciertas funciones del vestido: una es higiénica, otra es púdica y la otra distintiva. Dicho sea, para este autor, lo “que distingue al burgués es “la distinción”: belleza en el vestuario, el mobiliario y el estilo, el ornato y los modales. Hay que reconocer al vestido como un símbolo: de autoridad, de profesión, de rango, case casta. Consecuencia práctica: conviene reconocer la dimensión semiótica de todo lo que el costarricense llama *chunche*. Las implicaciones éticas –quizá también las políticas– no han de ser menos importantes.

Siguen dos textos con clara vocación semiótica. Uno del ruso Iuri Lotman: “La moda es siempre semiótica, el otro –que también alberga propósitos históricos– es de Barthes: “La moda, las ciencias y el tiempo”. De seguido, un texto de Gombrich, autor hondo y elegante, que aquí opone criterios popperianos al enfoque historicista que busca las fuentes del estilo y el gusto en “los sombríos recovecos del inconsciente colectivo”.

De otro historiador y teórico del arte, Germano Celand de nombre, es el siguiente aporte: “Cortar es pensar”. El autor procura mostrar que “cortar y organizar” espacios, superficies y figuras implica un proceso de reconstrucción y recodificación significativa del mundo. En su favor cita a los artistas del cubismo, a los futuristas y a otros representantes del arte contemporáneo. A propósito del surrealismo, por ejemplo, afirma que la “metamorfosis de la cosa y el animal en vestido para a ser prolongación de un complejo circuito de formas de identidad”.

El décimo sexto texto de esta compilación es “Cómo se vestía Gargantúa”, del viejo François Rebelais. Luego se ha dado espacio al “Tratado de la vida elegante”, donde Honoré de Balzac explica dos afirmaciones: “un “hombre se hace rico; elegante se nace”, “la indumentaria es la expresión misma de la sociedad”. Seguidamente, aparece “El mundo en vestidos”, del escocés Thomas Carlyle; y, de Anatole France se ofrece “Los primeros velos” que,

como es sabido, es el primer capítulo del libro segundo de *La isla de los pingüinos*, aquella honda sátira de la moral, las costumbres y las leyes que solían leer –en tiempos de buena formación integral– nuestros colegiales.

De Marcel Proust se brinda “Venecia en un vestido”, texto extraído de *En busca del tiempo perdido* (Parte Quinta). Proust posa la mirada en Albertina, en sus galas, en su peinado; luego muda su ropaje. Aunque es un legado literario, la influencia de este autor en el pensamiento filosófico es palmaria. Acaso la “elegancia” de Albertina abre ventanas a la reflexión.

El compilador a depositado un escrito de su autoría después del de Proust. Se trata de “Fortuny: el pliegue del laberinto”. Responde a la idea de que estudiar a ese artista (Mariano Fortuny y Madrazo) constituye un propósito “fértil y proficuo” en términos de la semiótica de la cultura.

Penúltimo legado de esta antología es “El *total look* de Coco Chanel”, del semiolingüista Jean-Marie Floch. Su pretensión: tematizar el denominado *total look* de Coco Chanel como un discurso-objeto. Se trata de un trabajo instructivo en varios sentidos; indico los dos que estimulan mejor mis preferencias. Uno remite a cierta ontología que se trasunta en el mencionado *look*; el otro es metodológico y no remite a Chanel propiamente, sino a los caminos seguidos por Floch en su trabajo. Hay otros, desde luego; van de la psicología a lo figurativo, a lo estructural e incluso a lo histórico y lo biográfico.

El último texto es “Balenciaga”, de Cecil Beaton, un británico conocido como fotógrafo y diseñador de vestuario para teatro. Versa sobre un modista disconforme, al cual Beaton califica como “el Picasso de la moda” y lo consiera cual “polo opuesto de Chistian Dior”. Este final es, seguramente, el menos filosófico del libro; mas no por eso menos atractivo.

Chacón, M. (2016) *La figura femenina en las monedas y billetes de Costa Rica (1845-2016)*. San

José: Fundación Museos del banco Central de Costa Rica. 85 pags., 28 x 21,5 cm..

El autor de este loable libro no solo ha pretendido ordenar cronológicamente su objeto, lo cual constituiría de por sí una labor encomiable; también ha presentado ese legado imaginario como una fuente de significación que caracteriza a los grupos dominantes del país –y dialécticamente es caracterizada por ellos– en ciertos espacios de la historia costarricense. En una breve Introducción, V. Vargas, la Directora de MBC, indica que dicho autor enfrenta los asuntos “directamente” pero “sin aspavientos. Con ello ilumina parte del papel de la mujer en la sociedad; también algunos valores e incluso cierta visión deontológica que –para usar un término grato a J.P Sartre– se *irrealiza* visualmente en diversas alegorías. Chacón ha investigado cómo, durante el siglo XIX, tales imágenes se engarzaron con intereses políticos, económicos o culturales. No ha de extrañar que, como sucedió en nuestra estatuaría monumental decimonónica, el motivo formal de las representaciones numismáticas referidas esté definido por modelos estéticos europeos. El autor informa que entre 1845 y 1864 hubo sendas representaciones de la Reina Victoria o de la Princesa Alexandra de Gales en nuestras monedas y billetes. Respondían, probablemente, a “las aspiraciones de la élites costarricenses” que se orientaron hacia Europa con propósitos comerciales (café) y político-culturales. Acaso ese interés, aunado a la escasez de monedas imperante en aquel momento, explica también una autorización para que, hacia 1845, circularan en el país monedas españolas de dos reales. Habían sido reselladas con un busto de mujer y una inscripción que decía “Costa Rica 2r”. También se autorizaron, desde 1838, monedas inglesas de un *shilling*. El primer billete costarricense que ostenta una imagen de mujer data de 1858. Después se han materializado múltiples imágenes femeninas en billetes y monedas; muchas son de mujeres indígenas. Según Chacón, eso obedece probablemente a “la

intención de identificar el territorio [...] con un origen [...] antiguo”. Se insinúa en ello el propósito de “reforzar la soberanía de la nueva República”. El capítulo tercero está dedicado a la relación de algunas alegorías (mujeres que representan la libertad o la justicia) con los ideales de la élite y con las cosmogonías occidentales. También hay iconografías que aluden a la agricultura, al comercio, la industria, e incluso al arte o la literatura. Parte del libro está dedicada al análisis de un proceso que va desde la desaparición de la figura femenina hasta la “visibilización” de los aportes de las mujeres entre 1939 y 1997. Se concluye informando que desde el siglo XIX se han representado en los billetes más de cuarenta hombres y, en contraparte, solo dos mujeres: Ema Gamboa y Ma. I. Carvajal (Carmen Lyra). No se ofrece explicación ni hipótesis sobre tal hecho. Vale resaltar la depuración editorial de este libro, sus imágenes, su presencia. También merece atención la vocación de los MBC: lejos de alentar criterios de panteón o cementerio, ejercen función para de conferir vida y movimiento *a sus realidades*; pero ese ha de ser tema para disquisiciones de otra índole.